

UN ERRIKOSEME.



Ustedes no le conocerán probablemente. No. Positivamente que no le conocen ustedes. Además, que, si le conocieran ustedes, no habría porqué hablar de él.

Avisóme que saliera á la estacion ayer tarde, sali, y llegó el tren. Pronunciamos nuestros respectivos nombres, él, al primero que rió en el anden, yo, al primero que ví bajar del wagon; y preguntando, preguntando, nos llegamos á preguntar el uno al otro y nos abrazamos calurosamente.

¡Veinte años que no nos habíamos visto!

¡Cambia tanto el hombre en periodo tan largo!

En veinte años puede haber tantas mudanzas y hay tantas variaciones en la fisonomía, tantas evoluciones y sobre todo ¡*helas!*... tantos años, que nada más natural que no nos reconociéramos al primer golpe de vista.

Tal era la prisa que tenia mi amigo de ver su pueblo natal, que, sin ocuparse del equipaje, echó á correr hácia el puente llevándome á mí medio colgado de la cintura.

Sus exclamaciones de asombro, sus repentinás paradas, las carreras que daba inesperadamente, revelaban el frenesí, el delirio que ha tenido siempre por su pueblo y la admiracion que experimentaba de verlo embellecido y transformado.

En cuatro horas recorrimos toda la poblacion, alrededores inclusive, y al caer la noche nos hallábamos sentados en un banco de la plaza de Guipúzcoa, mirando á la cascada.

—Con que ¿qué te parece tu pueblo?—le dije.

Soltó una docena de adjetivos encomiásticos, que suprimo, y añadió en seguida:

—Solo te diré que en la Alameda ó Boulevard, comole llamais vosotros, creí que me hallaba en la Rambla de Barcelona; que si no fuera por el Macho del Castillo de nuestro viejo Urgull, que distingo desde aquí, me creeria en el parque Dauphine de Burdeos; que en la Avenida de la Libertad he tenido que oír hablar bascuence para no creerme en uno de los grandes *Stratzes* de Viena; que en la calle de Garibay, á la vista de los edificios de las Escuelas, Diputacion, Instituto, Circo y demás, me creí en Chicago; que al mirar la calle de Hernani desde la esquina de *Chakurchulo* me figuré ante un boulevard de París. A la vista de la Concha me imaginé trasladado á Niza mirando al paseo que llaman de los Ingleses, y, sobre todo,—y me dió un abrazo—hace un momento, al hallarme en el magnífico puente de Santa Catalina, creíme en Ginebra sobre el Lemán, y no te asombres si te digo que los tonos crepusculares y el color melancólico que iban adquiriendo las moles de Urdaburu y Adarra, los reflejos que lanzaban las aguas del Urumea y las sombras que empezaban á ennegrecer las faldas de Puyu y el valle de Loyola, han despertado en mí sentimientos más vivos, admiracion más profunda que el cuadro gigantesco que se extiende sobre el Ródano á la vista del monte Jura y de los Alpes.

Pero en medio de todo esto...

—¡Cómo! ¿Ahora me vienes con peros!—dije levantándome incomodado.

—Quietito, *lagunzar*,—me dijo, obligándome á que me sentara. —No vayas á creer que vaya á poner un pero á cada una de las magníficas cosas que te he enumerado, no; quiero decirte que he echado de ménos una cosa sola.

—Alguna chifladura.

—Que la tienes tú muy desarrollada.

—¿Cuál es?

—La de no hallar en todos esos paseos, en todos esos edificios, en todos esos parques, nada que me diga que estoy en Guipúzcoa, en el corazon de las Provincias Bascongadas.

—¿Pues no oyes hablar bascuence á cada paso?

—Es que yo quisiera que me hablaran tambien bascuence los objetos inanimados, los edificios y las casas por ejemplo.

—¡Hombre! Eso sí que no has visto en ningun lado por mucho que hayas corrido.

—Pues eso se podría conseguir aquí con mucha facilidad.

—¡Que habláran las casas! ¡Y en bascuence! Esplicame eso.

—Pues muy sencillo; llego á la carnicería y veo *Arategia*.

—Toma ¡vaya una salida! De modo que tú quisieras ver en la Pescadería un letrado que dijera: *Arrandegia*, y en el Mercado, segun que los departamentos fueran de flores, de aves ó de verduras, *Loretegia*, *Egaztegia*, *Baraztegia*. No me disgusta.

—Y en las Puertas Coloradas te agradaría ver un letrado que dijera: *Ategorriak*.

—*Ategorrieta*, me parece más bonito, y de ese modo en la Fuente de la Salud se leería: *Osasunaren Iturria*.

—Justo, y en el camino del Castillo, con su mano correspondiente, *Gazteluko bidea*.

—Y en uno de los sitios más visibles del pueblo—repuso mi entusiasta *Errikošeme*— un letrado que dijera: *Donostia*, porque convén-cete, querido, el viajero que recorre un país quiere encontrar rasgos, señales y detalles que lo caractericen; al inglés, al alemán, al ruso, al español y al francés, hoy que van desapareciendo esos rasgos, les gusta ver en Sevilla y Granada calañeses y mantillas, así como en Turquía y Grecia turbantes y gorros frígios, en Guipúzcoa y Navarra boinas y zortzikos, bascuence y meñanas y cascos de celadores que á todas horas digan al viajero: no te han engañado, te hallas en las Provincias, así como deben decir á los bascongados: estos rasgos característicos significan un pueblo fuerte, vigoroso y honrado, cuyas virtudes tienes que conservar.

Y tanto habló el *Errikošeme* que me convenció hasta la saciedad, y recordando el diálogo que tuvimos lo estampo aquí con miras un si es no es propagandistas.

SERAFIN BAROJA Y ZORNOZA.

